

JUSTICIA DE DIOS.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. CLAUDIO F. SARMIENTO.

*Natural de Sta Cruz de
Tenerife.*

TOMO UNICO.

Alejo G. de Ara

SANTA CRUZ DE TENERIFE.

IMPRESA Y LIBRERIA DE LA VIUDA É HIJOS
de D. Vicente Bonnet.

JUSTICIA DE DIOS.

NOVELA ORIGINAL

POB

D. CLAUDIO F. SARMIENTO

Madrid de Mr. Juan de

C. F. Sarmiento

YOMO UNICO.

M. J. de la Cruz

SANTA CRUZ DE TENERIFE.

IMPRESA Y LIBRERIA DE LA VIUDA E HIJOS
de D. Vicente Bona.

A MI QUÉRIDO AMIGO

D. Cándido P. de Artilles.

Admite este pequeño trabajo que, aunque, escaso de mérito y de interés, me atrevo á dedicarte tan solo como unalce. Es-
tra del cariño que te profesa tu invariable

CLAUDIO.

Santa Cruz de Tenerife.

A MI QUERIDO PADRE

D. Fernando P. de Ariza

Quiero este pequeño trabajo que
me escuso de mi parte y de interés, me
to a dedicarlo tan solo como muestra
de mi cariño que se profesa en un

Capítulo

Santa Cruz de Tenerife

m
le
ni
es
la
de
u
nu

JUSTICIA DE DIOS.

LA VIUDA DE PEREZ Y SU HIJA INÉS.

El año de 1818 tocaba ya à su fin.
Era cerca de media noche. El firmamento cual un azulado manto salpicado con lentejuelas de plata lucia límpido y sereno: ni una débil nube vagaba por su infinita estension, y el astro nocturno desde el zenit lanzaba su pálida lumbre sobre el enmudecido mundo.
La heroica Zaragoza envuelta en las tenebrosas sombras yacia adormilada. Arrulla-

ba su sueño el caudaloso Ebro, á cuya derecha margen se halla reclinada. El blando céfiro abandonando las floridas torres, deramaba su perfumado aliento sobre la silenciosa Ciudad, que aun conservaba el corazón herido por la garra del águila Imperial y vertía doloroso llanto á la memoria de sus inmemorables hijos, víctimas ilustres sacrificadas en las aras de la patria. La ensangrentada Iberia habia recobrado su tranquilidad. Batidos los aguerridos ejercitos, vencedores en Marengo, Austerlitz y Jena, por los españoles desde 1808 á 1814, y últimamente destrozados por la Prusia é Inglaterra en Waterloo, habianse estinguido. El hijo de Marte el César contemporáneo, el hombre tan valiente y arrojado en los campos de batalla, y tan cobarde y pusilánime en su viage de Fontainebleau á la isla de Elba, yacia arrojado en Santa Elena, y Murat proscrito y arrojado de Córcega habia sido fusilado el 13 de Octubre.

En el extremo de una angosta calle situada en los alrededores de la Plaza de San Felipe, se veia una casa de pobre aspecto, habitacion de la viuda de Perez, nombre

por el cual conocían á su dueña los artesanos de la Capital de Aragon. Se llamaba Catalina Vargas, y no siempre la fortuna le habia sido ingrata. Hija única de un mercader, habia recibido una regular educacion y ningun pesar habia acibarado su dichosa juventud. Vivia feliz y era el consuelo de su anciano padre, el que, al verse repentinamente arruinado á causa de un incendio que habia devorado toda su fortuna, habia sucumbido bajo el peso del infortunio y de la escasez, legando á su hija tan solo un nombre oscuro pero honrado. Catalina quedó huérfana y desamparada! Los amigos de su padre no la alzaron de la mísera oscuridad en que la desgracia la hundiera, olvidando del todo á la pobre niña! A los tres años de su hortandad, cuando contaba veinte de existencia, se unió con el honrado ebanista Tomás Perez, dueño de un gran taller que les daba lo necesario para su manutencion y algunas comodidades. — Pedro é Inés, fruto de este matrimonio, completaban la alegría y bienandanza de sus padres que los adoraban entrañablemente. Ah! cuantas veces el buen Tomás al regresar al seno de su familia,

al contemplar à su cariñosa esposa y à sus tiernos hijos, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón henchido de placer, daba gracias al Hacedor por la ventura y felicidad que derramaba en su casa.

Pedro contaba diez y ocho años é Inés doce. Tomás habia dado à Pedro una educación brillante respecto à la clase artesana en que debia vivir. Inés tambien recibia una instruccion cual si fuera hija de un noble acaudalado, y su madre arraigaba en su virgíneo seno el amor y la virtud y el odio y el temor à toda pasion innoble y deshonrosa. Cuando à la caída de la tarde regresaba Tomas de su taller siempre risueño y amante, estampaba en la frente de Catalina un beso y acariciaba à sus hijos con ternura; despues se recostaba en su lecho cansado de las fatigas del dia, y mientras se disponia la cena, Catalina sentada al lado de sus hijos les leia en alta voz algun paso de la sagrada Biblia. ¡Cuantos dias de dulces delicias y de amor filial tornados despues en interminables noches de amargura y de desvelos!

Corria el año de 1808, y las àguilas francesas atravesando los Pirineos habian

parado su altivo vuelo en los dominios de España. Con sus mortíferas garras destrozaban el pecho del ibérico Leon, que erizando su melena y despertando por fin de su vergonzoso letargo, exaló el Dos de Mayo el rugido de guerra y de venganza que estremeciera á toda la Europa, y que en pos repitiera Valencia, Gerona y Zaragoza. Años de heroismo, de llanto y de muerte se sucedieron. La España acosada por todas partes se defendió de sus enemigos valerosamente por espacio de seis años, hasta que por fin sacudió el yugo y rompió todo los estabones de las cadenas con que la Francia queria sujetarla.

El 18 de Junio avanzaron los franceses hasta Zaragoza, desprovista de soldados y casi desmurada, con la seguridad de apoderarse de ella. El pueblo indignado se levantó en maza é hizo retirar á las huestes de Napoleon con pérdida considerable de hombres. Al primer grito de alarma Tomás seguido de Pedro abandonó su casa y se reunieron á sus hermanos para defender su patria y morir por élla, persiguiendo á los franceses que habian osado penetrar en

la poblacion. Concluido el dia y el horroso combate, Tomás regresó á su casa cubierto de sangre.... pero solo!..... el dolor y la amargura se veian estampados en su semblante, y lágrimas silenciosas se desprendian de sus lánguidos ojos. Catalina é Inés con el corazón oprimido se arrojaron en brazos de Tomás.—¿Y Pedro, donde está Pedro? le preguntaron con desfallecido acento. Tomás sentia que un lento y agudo puñal atravesaba su pecho y que la voz se ahogaba en su garganta? Donde está Pedro? le volvieron á preguntar.—Tomás solo pudo arrojar un ronco gemido, y elevar solamente su diestra al Cielo—allí está murmurando imperceptiblemente!—Ha muerto! ha muerto! Dios mio, que habeis hecho! esclamó Catalina cayendo en el pavimento y ocultando su pálido rostro—Ha muerto, si! dijo Tomás debilmente, Ha muerto como un valiente como debe morir todo zaragozano, con honor y por su patria.—Pobre Pedro; pobre hijo mio! tan jóven y tan hermoso!—Valor Catalina! añadió Tomás abrasando cariñosamente á su esposa. Pasado el primer momento de dolor, Tomas, Catalina é Inés se arrodillaron y elevaron sus oracio-

nes por el descanso eterno de Pedro... Esta desgracia hirió profundamente el corazón de Catalina! Sin embargo la resignacion derramó algunas gotas de bálsamo en los lacerados pechos de ambos esposos. Pedro habia muerto honrosamente por su patria y esto bastaba, porque para ellos, despues de Dios, el honor era lo mas sagrado que existia en el mundo.

Reforzados los franceses, y despues de un horroroso bombardeo que hizo grandes destrozos en la poblacion, se arrojaron de nuevo sobre Zaragoza el 1.º de Julio, dando un ataque general. Los Zaragozaños estaban prevenidos: cada edificio era un castillo; cada bocacalle una trinchera. Tomás se desprendió de los brazos de su esposa é hija y voló á la defensa de su patria. Su corazón de 40 años latia con violencia y la sangre hervia en su cerebro. Reunido con sus paisanos y al grito de mueran los *gabachos* avanzó hasta la puerta del Portillo donde era mas sangriento el ataque, y despues de haber descargado su fusil por seis veces, una bala francesa atravesándole el pecho le tendió en tierra. Tomás cono-

ció que su herida era mortal... que iba á espirar! Animando á sus compañeros, suplicó á una de las zaragozanas que tambien armadas habian acudido á aquel terrible sitio, le llevara á su casa. A duras penas y casi arrastrándose llegó á ella. Catalina sintió la moribunda voz de su esposo. Se alzó del pavimento donde con su hija rogaba á Dios por el descanso de las almas de tantos mártires que envueltas en nubes de humo y entre el estampido del cañon ascendian á la Eternidad y por la salvacion de su patria, y vió á Tomás exangüe y pálido arrojarle en su seno. Un grito agudo, desgarrador exaló la infeliz al ver á su esposo con la muerte estampada en el rostro. —Catalina, dijo con débil voz Tomás; Inés, venid á mis brazos, dejad que os estreche por la postrera vez.....no lloreis por que vuestro llanto despedaza mi moribundo corazon..... Catalina! al borde de la tumba revive mi alma por un momento para poder darte el último judio! Catalina, te recomiendo á Inés.....guiala por la hermosa senda de la honradez ..derrama en su pecho la esencia de esa pura flor de la virtud que se alberga en el tuyo y que no ha

podido marchitar el cierzo de las pasiones terrenales.... enseñale á amar á ese Dios ante quien voy á comparecer, y en seguida al honor.... Ah! tal vez todos nuestros hermanos sucumbirán, y Zaragoza, no por el valor sino por la fuerza, caerá en poder de esas sanguinarias huestes que están llenando la Europa de luto y consternacion. Quizá sereis esclavas; quizas nuestras esposas, nuestras hijas seran sus..... oh! antes que sucumbir al deshonor, que la muerte os envuelva en su frio sudario; antes que se estampe en vuestras frentes el sello de la ignominia, que brille en vuestras sienas la blanca guinalda de los martires..... Catalina añadió el moribundo con suplicante y apagada voz, acuerdate que el romano Virginio asesinó á su hija Virginia antes que la deshonrase el descemviro Apio, erigiendo de esta manera un templo á la virtud.... La pobre Catalina y su hija lloraban amargamente. Tambien de los apagados ojos de Tomas se desprendieron algunas heladas lágrimas que se secaron en sus lividas mejillas.... era esposo y padre y al dintel de la Eternidad contemplaba á aquellos dos seres que quedaban aislados en el

páramo que él iba abandonar para siempre!... Pobre Tomás! Pobre Catalina! Pobre Inés!

Al terminar aquel sangriento día nublado por el humo, y estremecido por el cañon y por los desgarradores ayes de los moribundos y heridos, Catalina era viuda!... Inés era huérfana!... Zaragoza envuelta en su luctuoso y desgarrado manto elevaba á las plantas del Hacedor el alma de un mártir!...

Como dijimos al principio, el año de 1815 posaba su vacilante planta en el borde de la tumba del *pasado*.

En la casa habitación de la viuda de Perez y en la única pieza alta que tenia, dos mugeres vestidas de negro trabajaban al resplandor de la pálida luz de un quinqué colocado en una mesa de pino. La una podria contar como de 40 á 45 años de edad. Su pelo plateado por la nieve de la vejez estaba recojido con negligencia y en su arrugado semblante se veian estampadas las huellas del dolor: trabajaba en ropa del uso de la casa. La otra como de edad de 18 años de sonrosada tez, ojos azules y

cuya rubia cabellera descansaba en caprichosos bucles sobre sus alabastrinos hombros, bordaba un vestido de seda tambien silenciosamente. La primera es Catalina Vargas de Perez y la segunda su hija Inés.

Despues de la muerte del honrado y valiente Tomás, acosada Zaragoza por los franceses y devastada por la epidemia que rapidamente devoraba sus hijos, tuvo en virtud de capitulacion que entregarse á sus enemigos, los que entraron en ella el 20 de Febrero de 1809 entregándose á toda clase de escesos. Catalina é Inés pudieron salvar su honra, pero no así la poca fortuna que en su soledad tenian. Quedaron pues hundidas en la escacez y condenadas á trabajar incesantemente desde el primer toque del Ave-Maria hasta las altas horas de la noche. Su vida era bastante triste y monótona. Sin sociedad ni distracciones mundanas abandonaban su casa tan solo para oír misa en los dias feriados y su trabajo para leer y rogar á Dios por el descanso de Tomas y Pedro. Pobre Catalina condenada á la escasez y al llanto! Pobre Inés; bella flor desterrada de los pensiles mundanos; radiante lucero envuelto en las

negras sombras de una noche tempestuosa.

Catalina é Inés prosiguieron trabajando. Por último Catalina se dirigió á su hija que hacia rato permanecia sin bordar, con la cabeza inclinada y como sumida en profundas meditaciones.

—¿Que tienes Ines? la dijo con cariñoso acento cojiendo entre las suyas las blancas manos de la jóven.

—Nada, madre mia, la contestó exalando un ahogado suspiro. Los suspiros son los ayes que desahogan el corazon oprimido por algun pesar.

—¿Pues en que pensabas, hija mia! Hace dias noto que estas triste, que te distraes con frecuencia. Sin duda algun pesar te atormenta que no quieres depositar en el pecho de tu madre! Sin dudas sufres! dime que tienes! oh! tu no sabes como el corazon que padece halla consuelo cuando deposita en otro desgraciado parte del pesar que le atormenta. No soy mas que tu madre una sincera amiga? Ignoras cuanto te amo? que eres el ángel que veo sonreir en mis horas de aislamiento derramando el balsamo consolador que hace que mi muerto corazon se agita todavia y que tome

fuerzas la débil luz de mi existencia que está próxima á extinguirse. Ah! no tienes confianza de tu pobre madre! tal vez no me amas como antes Inés! como me debes amar; como yo te amo!

—Por piedad, madre mia, no lloreis... no os atormentéis con tan amargas ideas: os amo como os he amado siempre, con delirio. Si me veis triste es por que os veo sufrir, y porque considero que será de mí, infeliz jóven abandonada en la tierra, cuando Dios os llame á sí; replicó Inés sollozando

—Pobre hija mia! murmuró Catalina.

—Pobre madre mia! murmuró Inés.

—Ten esperanza, confia en la Providencia. El Dios que reina en las alturas celestiales, que da pan al mendigo, grano y espacio á las aves, mar y sustento á los peces y oye las plegarias que con ardor le eleva esta misera viuda, amparará á la huérfana Inés y la guiará por la hermosa senda del honor y la virtud!... y Dios mio! si es verdad que las súplicas de los deventurados que habitan este páramo llegan hasta las plantas, acóje las que te alza esta tu infe-

liz sierva por el porvenir de esta inocente criatura. Y à ambas de hinojos y mentalmente alzaron sus oraciones al Altísimo.

El reloj de la Catedral de Nuestra Sra. del Pilar dió las doce, y Catalina é Inés se determinaron à recojerse.

—Buenas noches, adios hija mia, dijo Catalina con dulzura estampando un ósculo en la frente de la jóven; adios, y que el arcángel Ariel vele tu sueño.

—Buenas noches, madre mia, repitió Inés mientras recibia la bendicion maternal; adios. Mañana añadió sonriendo, quizás tenga que daros alguna buena noticia que os llenará de alegría.

Catalina creyó fuese alguno de sus candidatos ensueños que la referia con frecuencia.

Inés, dejando encendida una lámpara en el cuarto de su madre, tomó el quinqué y pasó al suyo inmediatamente. Pero en vez de despojarse y retirarse à su lecho, Inés se sentó y sacando una esquila perfumada que guardaba un costurero, quedó pensativa. Ideas risueñas y tristes cruzaban à la vez por su mente juvenil puesto que à voces se sonreia y otras se desprendian de

sus párpados algunas lágrimas. Así permaneció largo tiempo.

Con apresurado paso envuelto en una larga capa, subía un joven la calle donde vivía Inés. —Vamos, decía; no sé como me he podido escapar de los brazos de mis amigos. En ciertos casos como el presente, la amistad es peligrosa... Va á dar la una... la he hecho esperar cerca de una hora..... pero al fin aunque un poco tarde cumplo mi palabra. Si esta noche no está mas blanda y cariñosa esa mentecata, doy al diablo con todo y me dirijo con la música a otra parte..... pero es tan bella, tan bella, tan sencilla, que sería una lástima el que por falta de constancia se me escapara esta incauta paloma que hasta ahora no habia sentido ningun arrullo de amor..... Nada, nada, no abandonar el sitio tan pronto. Constancia, constancia, Jorge, y audacia. ¿No tengo dinero? pues si con él dicen se consigue hasta la salvacion del alma ¿como no he de conseguir el que esa jóven hundida en la miseria me conceda su amor? —Y con precaucion y temiendo ser visto llegó por fin bajo la ventana del dormitorio de Inés. La claridad de la luna cayendo

oblicuamente dejaba casi á oscuras aquella parte donde el embosado se detuvo. Sacó un instrumento y despues de algunos preludios, con acento dulce y varonil cantó algunas estrofas amorosas.

No bien hubo acabado su canto cuando un postigo de la ventana del dormitorio de Inés se abrió con cautela y una blanca mano dejó caer una esquila. La mano desapareció en seguida y el postigo se cerró, volviendo todo á quedar en silencio. El cantor se arrojó sobre el escrito papel que leyó con avidéz á la claridad de la radiante luna, y envolviendose de nuevo en su capa empezó á descender la angosta calle apresuradamente. — Bien! murmuraba; esto sigue á las mil maravillas. Pardiez! dos meses llevo ya de desvelo, pero al fin no ha sido tiempo perdido..... Al principio esquivéz, indiferencia.... luego amabilidad, y por último amor.... Oh! quanto puede la constancia! Vamos todo ha sido coqueteria, música. La monjita abandonara su clausura por respirar el aura del vergel de los amores. — Al fin llegó á una casa alta situada en el centro de la calle del Coso, donde despues de haber llamado con impa-

ciencia, penetró, lalareando una cancion y cerrando con fuerza tras de si la enorme puerta.



EL SEDUCTOR.

Al dia siguiente que era Domingo, Catalina é Inés abandonaron su casa y penetraron en la Catedral de N.º S.º del Pilar para oír el Santo sacrificio de la misa. Un jóven como de 25 años, de bello rostro y elegantemente vestido seguia sus pasos era el mismo que la noche anterior habia entonado el canto á Inés. Al salir del sagrado templo el jóven se adelantó y al alravesar Inés los umbrales seguida de su madre, recibió de el una esquila. Catalina continuó al lado de su hija habiendo contestado al saludo que les hiciera aquel gallardo manco que hacia tiempo encontraban en la Iglesia y solia pasar con frecuencia por su calle, sin haber notado en las pocas palabras que habia dirjido á Inés ni menos

en la esquila que la entregara. Al entrar en su casa, Catalina reparó que el jóven seguía sus pasos y sorprendió una amorosa mirada que su hija ruborizada le dirijiera. Una idea halagüeña y triste á la vez cruzó por la mente de Catalina. Una esperanza seductora acarició el corazon de la pobre viuda que se disipó al contemplan el estado de pobreza en que se hallaban. Es preciso hablar á Inés, murmuró

Inmediatamente entró Inés en su casa subió á su dormitorio y con el pecho palpitante y el corazon henchido de placer levó con avidéz la esquila que recibiera. Oh! una gran felicidad brilló en el rostro de Inés que empezó á derramar lágrimas de alegría. Abrió la ventana y vió al jóven que lentamente atravesaba la calle lanzándole una fascinadora mirada. Al mismo tiempo Catalina adelantándose á su hija la sorprendió llorosa contemplan al mancebo que siguiera sus pasos--Inés se arrojó en brazos de su madre ocultando en su seno su ruborizado semblante.

—Vamos Inés, ya dijo Catalina—siéntate á mi lado... tengo que hablarte formalmente.

—Y yo tambien tengo que hablaros, respondió la jóven sonriendo; tengo que participaros la alegre noticia que os indiqué anoche.

—Bien.... Inés! ¿quien es ese jóven que hace tiempo noto pasea nuestra calle con frecuencia, que siempre sigue nuestros pasos hasta casa y al que te hallado mirando? Conoces á ese jóven, Inés.

Inés por toda contestacion presentó á la viuda la esquila cuya lectura la habia llenado de felicidad. —Catalina pasó su visita por élla. Mientras tanto la huérfana clavaba en el severo semblante de su madre sus hermosos ojos queriendo leer en él los sentimientos de su corazón.

—Comprendo Inés; ese jóven te ama y segun veo tú tambien le amas.....

—Sí, madre mia! y bajando la sonrosada frente tomando con cariño entre las suyas las manos de su madre, la refirió la pasion que por medio de una correspondencia secreta le habia manifestado aquel jóven que ya al fin, como veia por la esquila que acababa de leer, trataba aquella tarde de ir el mismo en persona á pedirla su mano.

—Inés! continuó la viuda con seriedad. Has hecho mal en no haberme participado desde un principio estas amorosas relaciones. Has faltado al deber de hija y al amor filial; tu falta es casi imperdonable. Cuantas jóvenes incautas por no depositar en su madre un secreto semejante han sido víctimas de la falsía de un infame y han arrastrado una misera existencia hundidas en el cieno del deshonor ocultando la envilecida frente, ó han sucumbido bajo el peso del dolor y de la afrenta. Sin nadie que te dirijiera por la florida senda del amor que se abre ante tus ojos, quizás al cabo de una pequeña jornada caerías falta de esperanzas y llena de desengaños en los espinosos zarzales que rodean el precipicio de la infamia. Desgraciada de ti entonces y desgraciada de tu pobre madre!....

—Callad por piedad, señora, ah! no sabéis el mal que me estais haciendo! Si antes no os he revelado mi amoroso secreto es porque conociendo el mundo... y el deplorable estado de su sociedad, temia halagar vuestro corazon con una risueña esperanza que tal vez un desengaño ahuyentaría. No tenia pruebas suficientes del amor

de Jorge y por eso habia callado. Si estas relaciones hubieran cesado, yo tan solamente hubiese sufrido y devorado en silencio mi pasion y la hiel del desengaño. Por lo demas, bien sabeis que nunca hubiera succumbido al deshonor; nunca hubiera perdido el amor á la virtud y al honor que tan hondamente habeis arraigado en mi corazon; é Inès abrazó con delirio á su Madre que con los ojos llenos de lágrimas la contemplaba en silencio.

Un momento despues Jorge R.... penetró en la casa de la viuda de Perez á quien pidió la mano de su hija. Su enlace debia tener efecto dentro de un año, pues manifestó que intereses de familia y el arreglo de varios asuntos no le permitian verificarlo antes. Catalina creyendo en la palabra y promesas de Jorge accedió á su peticion y le concedió la mano de su hija. Jorge desde entonces continuó frecuentando la casa de la viuda, la que cada dia, en virtud de las pruebas y modestas atenciones que daba á Inès y la alegría y felicidad que la rodeaba, se convencia mas y mas de que aquel era el honrado jóven que la providencia

habia destinado para ser el esposo de su adorada hija; por lo que en sus oraciones bendecia á Dios por el porvenir que reservaba á Ines. Pobres y sencillas almas que creian en las fementidas palabras de un seductor, Pobres gentes que no veían al arcángel de la desgraciada que disfrazado en un azulado manto derramaba sonriendo sarcásticamente, hermosas y blancas flores que marchitas al fin se tornarian en punzantes y envenenadas espinas que destruirian sus creyentes corazones.

Maldito sea de Dios y de los hombres el impío que mintiendo una pasión sincera arroja la amargura en el seno de la virgen víctima de su infame impostura hundiendola en el lodo de la infamia y de la deshonra. ¡Aui! sí el remordimiento al menos cual un cáncer pudiese penetrar en el pecho de esos malvados, harto vengadas quedarían sus víctimas; pero el corazón del que comete tan villano crimen aislado de la compasión y del arrepentimiento solo respira el aire de maldad y su emponzoñado aliento marchita hasta la frente de un querubín del Cielo.

III.

JORGE R....

Jorge R..... hijo de un honrado labrador de Longares, pueblo distante seis leguas de la Capital de Aragon, habia recibido una mediana educacion. Muerto su padre, su jóven y ambicioso corazon deseó agitarse en otra esfera y aspirar el emponzoñado ambiente de las grandes sociedades, en vez del aura pura de las selvas. Abandonó, pues, sus floridas campiñas que enagenó con alguna pérdida, y pasó inmediatamente á Madrid. Allí á causa de lo lleno que se hallaban siempre sus bolsillos, á su lujoso vestido y cierto aire de importancia que habia adquirido, supo grangearse la amistad de algunos jóvenes. Todo su saber consistia en dejarse dominar por el necio orgullo; en presentarse elegantemente en el paseo ajitando su inseparable varita de ballena y cantando un trozo de ópera, con sus jemeos suspendidos en las concavidades de sus ojos; despreciar y ultrajar á los desgraciados que las leyes sociales han puesto en una baja esfera; y al entrar en la

mansion del Salvador del mundo, en vez de tomar el agua bendita y persignarse, componerse su perfumada cabellera, permaneciendo en pié con aire indiferente en el momento mismo en que el sacerdote al recitar las sagradas oraciones dobla sus rodilla en las gradas del altar. En fin, era uno de esos tantos juvenes, *caballeros del nuevo cuño*, mengua de las sociedades, que tienen la cabeza demasiado vacia pero el corazon demasiado lieno, y de los cuales, por desgracia, hay muy vivos retratos hasta en esta pobre Capital.

Gracias á las relaciones que contrajo y no se qué otra cosa que dicen es muy esencial en las grandes Capitales, alcanzó una colocacion en la carrera civil bastante lucrativa la que en la actualidad desempeñaba en Zaragoza, donde por su buena posicion social habia sido tambien admitido en la alta clase y considerado como un gran de hombre, sin embargo de que sus manos siempre estaban cerradas al hambre y desnudez del mendigo, pero abiertas á los compromisos de la amistad.

Al poco tien po de hallarse en Zaragoza vió á Inés. La modestia y belleza de la jó-

ven hizo fijarse en ella la atención, y después de enterarse de su nacimiento y triste estado, sintió que abrazaba su pecho; no un amor puro y ardiente como el que indicara á la pobre jóven y á su sencilla madre, sino un deseo infame y criminal. Como los muchos jóvenes que en la actualidad existen, creía que la virtud que de sí habían arrojado las opulentas sociedades que frecuentara, no se habría ido á albergar en el seno de aquella familia envuelta en el asqueroso y horrible manto de la miseria. Inés no tenía padre, ni hermanos que guardasen su honra, y lanzar la ignominia en la frente de la huérfana Inés le parecía á Jorge que era un juego, una distracción. Persiguióla insesantemente despreciando la indiferencia y frialdad con que la jóven recibiera sus facinadoras miradas. Por fin la inocente tórtola se entregó á las garras gavilan; la bella rosa abrió su caliz al halago de un aura que después se tornaría en un seco y devastador vendaval.

IV.

POBRE INÉS!

Ocho meses han pasado desde que Jorge pidiera á Catalina la mano de Inés.— Jorge continuando sus relaciones habia llenado de felicidad y esperanzas los sencillos corazones de aquellos dos seres que tanto le amaban.

Catalina yacia en cama: una enfermedad aguda, mortal la arrastraba al sepulcro.

Jorge conociendo la próxima muerte de la viuda se habia ausentado de Zaragoza pretestando que asuntos de la mas alta importancia le llamaban á Madrid: temia que Catalina al verse á orillas de la tumba le exigiese efectuase su enlace antes del tiempo marcado, y que su oposicion descubriese sus malvadas intenciones.

Inés quedó sola, sola, junto al lecho del dolor de su pobre madre. Cuan tristes y largas eran las horas que hacia cuatro meses pasaba velando al lado de la viuda.— De dia y de noche, siempre insomne, adivinaba en el pálido y enjuto rostro de la

paciente su menor deseo que satisfacía al momento. Inés conocía que Catalina la iba á abandonar para siempre, y sin embargo nunca sus ojos derramaron ante ella ni una de las amargas lágrimas que ahogaban su corazón, teniendo el sentimiento que le causaría. Cuando la viuda cerraba sus abrasados párpados buscando un momentánea alivio á sus dolencias, la huérfana se levantaba silenciosamente y derramando las lágrimas de hiél que á duras penas habia contenido, observaba el estrago que rapidamente iba haciendo la enfermedad. Ay! entonces en medio de su soledad y del dolor intenso que laceraba su corazón escribia á su amante con mano trémula.—«Jorge, Mi madre se mue. el ven pronto por que va á quedar desamparada en el mundo tu desgraciada Inés.»

No obstante Jorge no parecía y Catalina empeoraba.

Una mañana Catalina despues de haber derramado en silencio un torrente de lágrimas, llamó á su hija, y en pos de una larga y dolorosa conversacion, resignada y con voz serena le anunció su cercano fin. Ah! mucho sufrió Inés á tan terrible reve-

dacion!

—Con que ni los hombres ni la ciencia pueden salvar vuestra vida, exclamó ocultando su rostro en el casi helado seno de su madre.

—Hija mia! ni los hombres ni la ciencia pueden dar vida à un corazon debilitado por el pesar: los hombres no pueden curar los males del alma. Mi mision en el mundo ha concluido puesto que Dios me llama a sí. Nunca abandones la senda del honor en la que vas à quedar abandonada por toda tu vida: nunca arrojes de tu seno la virtud que he arraigado en él desde tu infancia.

—Madre mia! madre mia!

—Pobre Inés! llora, sí, llora! el llanto es un bálsamo que alivia los dolores del alma.

—Oh madre mia! perderos para siempre; no encontraros nunca mas en el mundo; no volver à escuchar vuestro acento, y no sentir en mi frente el ósculo maternal, es cosa terrible, madre mia;... que seré yo sin vos en el mundo?

—Valor y resignacion, Inés. Yó desde el Cielo velaré por tí. y guiaré tus pasos por la senda del bien.

—No volveros à ver mas, Dios mio!

—Animo, Inés, y ten esperanza en Dios Te dejo un protector que será tu esposo cuanto regrese á tu lado y te halle sola en la tierra. Su corazon és bueno, el te ama y te hará feliz.... Dame con que escribir.

Catalina se incorporó en su lecho y trazó con mal segura mano las siguientes líneas. —«Jorge: voy á morir sin poder darte mi postrer abrazo; á las puertas, pues, de la Eternidad y antes de pensar en la salvacion de mi alma, te escribo para recordarte á Inés y el cumplimiento de tu palabra. Serás su esposo y la felicidad en pos de la bendicion del Eterno ante quien voy á comparecer, reinará en vuestra casa. Jorge! cuida de Inés y de su honra.—Adios para siempre.—Catalina.»

Terribles y desgarradoras fueron las horas que se sucedieron. Ah! lector! si tu has pasado por el duro trance de Inés si al lado del lecho del dolor has contemplado por muchas horas, por muchos dias, por muchos meses, á la que nos ha llevado en su seno, al ser que en nuestra infancia nos ha adormecido en su regazo con amorosos cantares grabando en nuestra frente mi

ósculos de paz; que al vernos llorar, lloraba, y al vernos reir reía; que gozaba al vernos gozar y padecía al vernos padecer; si has contemplado al fin á una *Madre* exánime, débil y moribunda al borde del sepulcro sin que tus desvelos, ni tus lágrimas, ni las plegarias de tu corazón elevadas á Dios al lado de su lecho en tristes horas de soledad, hayan podido salvarla en el naufragio de la vida, arrancarla de los férreos brazos de la muerte, podrás comprender el tormento de Inés, el sufrimiento de un corazón que iba á quedar desierto y abandonado el mundo. Ah! Dichosos mil veces los que no han pasado por estas horas de doloroso martirio y desgraciados los que como yó han probado la hiel de esas horas sin que al rodar lentas y pesadas por sobre nuestra cabeza dejan en nuestra frente algunas arrugas y encanecen nuestros cabellos; de esas horas de amargura en que se invoca á Dios con fervoroso afán y se buscan consuelos en la Religión; en que nuestro amparo, nuestro escudo es la resignación!

Cerca del oscurecer Inés se desprendió de los helados brazos de Catalina; contem-

pló con filial horror los inmóviles y apagados ojos de su madre; sus facciones cubiertas por la palidez de la muerte estaban alteradas y de su pecho se exalaba un ronco y continuo gemido. Inés comprendió que la muerte fria é inexorable se hallaba á su lado, que habia llegado el trance fatal en que el alma dejando á la tierra lo que le pertenece se eleva á los brazos de su Creador, y ategada en lágrimas cayó de rodillas junto al lecho mortuorio. Catalina buscó con su descarnada mano á su hija: Inés se aproximó á recibir la postrera bendición maternal: La moribunda elevó ses manos sobre la cabeza de la jóven y con apagada voz murmuró: Señor, que vuestra bendición en union de la misma caiga sobre la frente de la que va á quedar sola abandonada en el mundo mortal.

Un momento despues todo habia concluido. Inés era huérfana, huérfana!.....

Ah! lector: permiteme que tambien derrame una lágrima á la muerte de mi madre! Tambien jóven cual Inés he quedado huérfano! Se sufre demasiado al recordar el terrible é inolvidable momento en que la losa del sepulcro separa de nuestro

lado para siempre á la hermosa criatura que nos lanzó al mundo!.....

Al día siguiente cuando los artesanos de Zaragoza regresaban del Cementerio donde habian depositado á Catalina, decian que despues de haber estado orando Inés toda la noche al lado de su difunta madre, en el momento de sacar el cadáver, un jóven se habia presentado en la casa mortuoria á cuya presencia lanzando la jóven un gemido, habia caido desmayada en sus brazos. Que el recién llegado dijo que era un pariente suyo y que la habia llevado consigo.

Efectivamente la casa de Inés se hallaba cerrada y por más que se llamó en ella, nadie habia respondido, quedando todo en silencio.

V.

DESHONRA Y DESPRECIO.

Habian transcurrido seis meses despues de la muerte de la viuda de Perez.

En la lujosa sala de una casa situada

en la calle del Coso, se veían dos jóvenes, como de edad de 26 años, sentados en ricos mecedores: ambos fumaban y en sus risueños semblantes se veía grabada la felicidad.

—Con que te casas dentro de poco? decía uno de ellos exalando una bocanada de aromático humo mientras se mecía halagándose su rubio bigote.

—Que quieres Ernesto; replicó su compañero apurando hasta el fondo un vaso donde se hallaba el resto de una botella de espumosa cerveza.—No siempre el celibato nos promete mas comodidades y libertad que el matrimonio. La chica es bastante bella: sus ancianos padres ademas de la buena posicion social que ocupan, son bastante ricos, y muertos ellos los heredaré puesto que no tienen ni pueden tener mas hijos.

—Eso es ya otra cosa y merece la pena el que un hombre como tu se eche sobre los hombros una carga semejante; y mas cuando creo que habrás sido hombre de gusto: es joven?

—Solo tiene diez y siete primaveras, ojos azules, cabellera dorada, blanca y son=

rosada tez, facciones graciosas y talle esbelto. Además es tan inocente y humilde, tan bondadosa, tan buena, que me prometo tener un porvenir placentero.

—Pues amigo, con la sinceridad que me es natural, te doy mi debido parabien; y como se llama la chica.

—Aurora.

—Nombre bonito por cierto, dulce y bello como toda persona que lo lleva. Hasta la fecha, te lo juro, no he visto ninguna joven que se llame Aurora que no deje de ser hermosa, un angel ideal. Y destapando otra botella de cerbeza y llenando de nuevo los vasos Ernesto brindó por el próximo enlace de Aurora con su amigo

—Ernesto, ven mañana temprano por mi casa y tendré el gusto de presentarte en la de mi futura.

—Gracias. con mil amores: te prometo que no faltaré.—A proposito, ahora que me acuerdo ¿que ha sido de aquella artesanita tan linda como honesta que te echaste à tu llegada aqui de.....

—Bah, bah, bah! quien se acuerda ya de eso..... aquello fué solo un mero pasatiempo; una calaverada de joven; ya todo

ha concluido.....

Un criado presentandose en el umbral de la puerta interrumpió el diálogo. —¿Que se oírece? preguntó agriamente el amigo de Ernesto.

Disimuladme, señor; crei que estabais solo y venia á deciros.....

—Qué?

—Que ahi hace tiempo está una jóven que desea con afan hablaros.

—Una jóven! exclamó Ernesto levantandose y tomando su sombrero—me retiro; no quiero estorbar este contrabando; como buen aduanero quizás me opondria al desembarco y.... adios.

—No, quedate; te aseguro que no esperaba á nadie y que ignoro para que me necesita esa jóven.

—No, no me quedo: hasta despues, adios; y Ernesto desapareció de la sala.

—Siempre loco! murmuró el amigo de Ernesto: despues dirijiéndose al criado: decid á esa jóven que puede entrar cuando guste, que estoy á sus órdenes, le replicó.-- El criado haciendo una humilde cortesía salió.

Un momentl despues una muger ves-

aida de negro, y cubierto el rostro con un velo atravesó lentamente el umbral de la puerta de la sala.

—Para que me necesita la hermosa tapada que con tanto afán desea hablarme? quien sois? dijo con galanteria el amigo de Ernesto dirigiéndose à la recién llegada.

Esta por toda contestacion separó de su rostro el velo que lo cubría.

El jóven lanzó un grito de sorpresa y espanto. Tenia ante sí una Venus de mármol cuyas facciones habian descompuesto y lastimado la mano del Tiempo.

—Soy, dijo la jóven con triste acento, Inés Perez de Vargas—Jorge R.... no conocéis à vuestra víctima?...

Hubo un instante de silencio.—Jorge R.... estaba como herido del rayo. Despues volvió su semblante à quedar sereno, y recostándose en un mecedor, replicó

—Y para que me quereis?... à que habeis venido à mi casa?

—Jorge! he venido à vuestra casa por que hace ya tiempo que no os puedo encontrar en ninguna parte: os quiero para que me devolvais el honor y la felicidad que me habeis arrebatado; para que cumplais al

palabra que disteis á la huérfana Inés y á su difunta Madre. Vengo pues, á pedir lo que me pertenece, á que me deis vuestra mano de esposo.

Jorge se sonrió con desden.

—Señora, la dijo, mi mano se halla comprometida... dentro de poco tiempo seré esposo, es verdad pero de la Sra. D.^a Aurora Fernandez, no de la artesana Inés Perez.—Ademas bien sabeis que aunque no mediara este compromiso nunca yo me uniria con vos, hija de un carpintero y nacida en la paja del pueblo.

El rostro de Inés permaneció siempre pálido y ni la menor alteracion lo contrajo al sufrir este últraje. Solo dos lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Sabia ese enlace, Jorge, replicó con serenidad—Sin embargo, dudé de que el hombre que tantas veces se habia postrado á mis plantas pidiendome la felicidad en cambio del inmenso amor que abrasaba su pecho; que juró á una anciana ser el protector y el esposo de su hija, fuese en vez de un hombre honrado un infame que olvidase sus promesas y juramentos despues

de haber deshonrado á la indefensa é incauta jóven que le habia abierto su corazon, que le amaba con delirio, como se ama por la primera vez. Oh! Jorge tu no sabes lo que esta inteliz ha padecido desde que la abandonaste con su deshonor. Yo niña y aislada del mundo vivia dichosa en mi miseria con mi difunta madre: no sabia lo que era ese volcan que se encierra en el pecho de los mortales y que al verse inflamado derrama sus torrentes de abrasadora lava en todo nuestro ser; ignoraba lo que era ese desvelo, ese incesante afan, eso que me dijiste que era amor..... yo, Jorge, no conocia mas que el amor filial, y era tan feliz! Te presentaste á mi vista, y yo ignorante escuché de tus labios un lenguaje divino y desconocido hasta entonces para mi, que dulce y arrobador estasiaba mi corazon de niña. Me pintabas un porvenir tan hermoso, y lleno de felicidad cuando delirante me jurabas un amor entero, indecible, y yo creia en tus fementidas palabras. Llenaste mi pecho de esperanzas é ilusiones que ha desaparecido ante una horrible realidad. Abusaste de mi inocencia y credulidad para arrojar en mi corazon la amar-

gura y en mi frente la negra mancha de la ignominia. Me arrancaste desmayada de la casa paternal donde velaba el cadáver de mi pobre madre, y aprovechandote de mi dolor me sedujiste..... cuando recobré la razón te ví á mis pies pidiendome perdon de tu osado crimen, hijo de tu irresistible pasión! Jorge! Jorge! has sido un infame, un miserable sobre quien debe caer todo el peso de la ira de Dios y el desprecio de los hombres honrados.

—Inès! exclamó Jorge con voz de trueno lanzando á la jóven; pero conteniéndose, solo añadió sonriendo: puedes decir lo que gustes porque no eres mas que una muger. Oh! si fueses un hombre.....

—Dices bien, Jorge, no soy mas que una muger, quizas en tu concepto una muger perdida, y mis palabras no pueden ofender á un hombre honrado á quien aprecia la sociedad, un hombre que ha faltado á sus promesas y juramentos, y que si hubiera yo tenido un padre, un hermano, que hubiesen velado por mi honra, nunca se hubiera atrevido á mancillarla; porque eres un hombre de bastardos sentimientos, un miserable, un cobarde.....

Inés, Inés! repitió Jorge, desgraciada de ti: y se abalanzó á la jóven lleno de soberbia y rugiendo como un leon herido.

—Ah Jorge! perdon, perdon si te he ofendido! yo no se lo que he dicho! yo estoy loca, Dios mio!...es tan grande y agudo el dolor que desgarrá mi corazon.---Jorge! continuó la infeliz postrada en elsuelo, arrojando un raudal de lágrimas y abrazando las rodillas de su seductor, ámame como me amaste en mas felices dias.... devuélveme el honor que me has arrebatado... ay! mi cabeza se abraza, mi frente se estalla!.. Jorge! arráncame de la desesperacion, sálvame quizas del suicidio!... oh! yo no puedo darte las riquezas, ni nada de lo que te ofrece esa jóven por quien me vas á abandonar, pero en cambio te doy mi enamorado corazon que te ama cual nadie te amará y la bienandanza de que vas á carecer; seré tu esclava mas que tu esposa.... Jorge ten piedad de esta infeliz! acuerdate del juramento que hiciste á mi difunta madre que nos está mirando desde el cielo... devuélveme mi honra, el honor que me has arrebatado es lo que te reclamo! Jorge! escucha á esta desventurada; no la abandones...

—Señora! exclamó Jorge, poniendose de pie y arrojando de sí á la jóven, dejad ese llanto y esos recuerdos y exclamaciones que á nada conducen. Os lo he dicho y os lo repito: aunque pudiese disponer de mi mano, jamás seria vuestro esposo— esta resolución es irrevocable. Retiraos pues y contentaos con vuestra suerte.

—Con que tambien me arrojas de tu casa, Jorge.—Con que no hay en tu pecho ni un átomo de compasion para la muger que has deshonrado tan vilmente!--Oh Jorge! Jorge! y que va á ser de esta desventurada sin nadie en el mundo que le tienda una mano compasiva y cariñosa

—Puesto que no quereis retiraros lo haré yó, señora,—y Jorge cojiendo su sombrero avanzó hacia la puerta.

—Detente! exclamó Inés estorbándole el paso, aun me queda una súplica que hacer-te; esta es la última y no te detendré mas. despues nos separaremos para siempre! Dios miol dame fuerzas porque veo que mi corazon desfallece!..... Despues bajando la cabeza y ocultando entre sus manos el lagrimoso rostro, prosiguió con acento desgarrador: Jorge, que será de la criatura

que llevo en mi seno! que va á ser del fruto de este culpable amor! tambien le abandonarás? querrás que tambien como su madre arrastre la penosa existencia hundida en la miseria y tenga que doblar la frente á la mirada de los hombres! Jorge yo no le soy nada, despréciame, maldíceme si quieres, pero el ser que llevo en mi seno es tu hijo, la sangre que corre por sus venas es tuya... es necesario que seas su padre! Dios y la Religion te lo mandan.

—Con esa criatura bago lo mismo que con su madre, contestó Jorge con una calma horrible, sin mirar siquiera á la desolada jóven que abrazaba sus plantas.

—Con que no la reconoces como hijo tuyo; con que no serás su padre ¡con que tras de su desventura no tendrá ni siquiera un nombre que llevar el en mundo, replicó la jóven que sentia que un agudo y lento puñal atravesaba su corazon—Jorge, has reflexionado por un momento el horrible y negro porvenir que reservas á nuestro inocente hijo? Jorge, sé el padre de tu hijo! no le abandones y te perdonaré mi deshonor y desventura. Nosotros nos retiraremos de tu lado, no nos verás mas: Yo de dia y de no-

che trabajaré para mantener mi hijo y educarlo y le enseñaré en nuestras oraciones á bendecir á su padre; pero dale tu nombre, Jorge; que al menos esta mísera criatura al entrar en la edad de la razon no llegue á maldecir á los que le han dado un ser infamado por la deshonra!

—No seas loca, Inés, y déjame salir de de una vez.

--¡Sé el padre de tu hijo Jorge!

—Dejadme salir; ya os lo he dicho. La sociedad y mi posicion me impiden reconocer á vuestro hijo como mio. ¿Quereis que los hombres se burlen de mi debilidad? Yo no puedo aparecer en el mundo como padre de tal criatura.--Que sufra pues la suerte de su Madre.....

La indignacion y el amor maternal ultrajado brillaron en el rostro de la huérfana. Adelantóse y con voz firme prosiguió-- Con que eres un hombre perverso cuyo gastado corazon se halla exento de todo sentimiento humano hasta el del amor paternal! con que el necio orgullo y tu posicion social no tan solo te prohíbe ser el esposo de la infeliz que has seducido tan villanamente, sino tambien que des tu nombre á

hijo! Jorge, mira bien lo que vas á hacer; mira que hay un Dios vengador y justiciero....

Jorge adelantándose y rechazando de sí á Inés, exclamó rugiendo de ira y de impaciencia—Basta ya! puesto que no que-
reis salir, lo haré yó—paso pues. . atrás..

La jóven cayó en el suelo: su cabeza cayó contra el pavimento que empezó á salpicar de sangre—Jorge! gritó la desgraciada antes de perder el conocimiento, que la maldicion de Dios caiga sobre tí, corazón de hiena!!...perdonadme, madre mia!...perdon... Inés quedó yerta y tendida en el suelo como un cadáver...Hay maldiciones, que llegan hasta las plantas del señor.

Jorge agitó una campanilla y un criado se presentó.

—Haz que vuelva esta muger en sí, le dijo, y que inmediatamente abandone mi casa.

El sirviente se inclinó. Jorge recojó su sombrero y con indiferencia pasó junto al cuerpo de Inés, sin dirigirle una mirada compasiva, manchando sus lustrosas botas con la sangre de la jóven

A las doce de la noche de aquel dia,

Jorge regresó á su casa y se hallaba despojándose.

El criado le presentó una llave y una esquila.

—Quien te ha dado esto, le preguntó.

—La jóven, que me ordenasteis hoy hiciera volver en sí.

—Bien.

—Despues de haber recobrado la razon me suplicó la acompañase: seguí sus pasos y entramos en una casa alta en la calle de....

—Ya sé cual és....

—Allí escribió un momento y sacando un pequeño baul cerró la casa, me dió la llave de élla y esa esquila, suplicándome os entregase ambas cosas, y que no la siguiese.

—Bien, retirate. El sirviente saludándole salió del dormitorio.

Jorge abriendo la esquila leyó:

—«No habeis tenido piedad de la muger que tan villanamente habeis deshonorado ni de vuestro hijo, lanzando á ambos en la miseria y en la infamia! habeis olvidado hasta los sagrados juramentos y

promesas que hicisteis á mi madre y á mí invocando á Dios... temed, pues, porque ese Dios que protege la inocencia y persigue el crimen, dejará caer sobre vos todo el peso de su ira!—Dejo la casa que he habitado despues de la muerte de mi madre y en la que entré virgen y salgo deshonrada.—Vuelvo al albergue paternal del que me arrancasteis para seducirme Ojalá no lo hubiese abandonado, porque allí defendida por las sombras de los que me dieron el ser, mi honor no hubiera sucumbido á vuestra infamia.»

Jorge tranquilamente se metió en su lecho despues de haber quemado la carta de su víctima.

Ah! el Angel del mal sonriendo velaba á la cabecera de su lecho!

VI.

RISA Y LLANTO.

Cuatro meses despues de la escena que antecede, el ruido de un festin, el choque de las copas, los brindis y las armonias de

una alegre música, llamaban la atención de los mendigos de Zaragoza que se hallaban sentados en los umbrales de una casa [de soberbio aspecto iluminada interiormente, implorando la caridad de aquellos seres que olvidando las miserias del mundo gozaban en la actualidad de pasajeros placeres. El edificio donde reinaba la alegría era la casa habitación de la bella Aurora Fernandez que acababa de enlazarse con Jorge R..... y en la que celebraban los desposorios de los dos jóvenes en cuyos sonrosados semblantes se veían grabados el goce y la felicidad que embriagaban sus corazones.

En vano fué el que varios hombres honrados dijeran à los padres de Aurora el crimen que Jorge cometiera y el triste estado en que se hallaba su víctima Inés! Todo había sido inútil; pero que las altas sociedades de hoy día, esos hombres soberbios y orgullosos porque pisan lujosas alfombras y marmóreos pavimentos, y cuyos corazones mezquinos è insensibles al llanto del mendigo respiran un ambiente seco y empozoñado por la hipocresía y la adulación, quizás no conocen lo que es el honor

que con tanto afán ostentan ante los desgraciados seres que las leyes sociales han puesto bajo su alta esfera. Que le importaba á los padres de Aurora que Jorge en una calaverada de jóven hubiera deshonrado á una mísera artesana valiendose para ello de un comportamiento infame? La sociedad le protegía y despreciaba solo á la seducida. Jorge era un hombre de honor é Ines una prostituta. El criminal era el inocente y su víctima la culpable ¡Y esta es la sociedad de nuestros dias!—Ah! si en vez de las risibles leyes de la etiqueta y otras tan necias como éstas, establecieran unas fundadas en la moral y la religion que despreciaran y castigaran á los víces seductores que toman por una celebridad el deshonrar y condenar á la amargura á una incauta jóven, cuanto ganarian! cuantas lágrimas, desesperaciones y suicidios evitarían aun hasta los mismos á quienes han dado el ser! y no que encierran en su seno y protejen á seres despravados por la maldad, que los deshonran y prostituyen!

En una pobre casa en las cercanías de la plaza de San Felipe, pasaba una escena enteramente opuesta á la que acabamos de

referir. En la casa de los desposados todo era algazara, alegría y felicidad.....en ésta el solitario angel del dolor habia penetrado en élla dejando sus profundas huellas. A la débil luz de un viejo quinqué se veia una jóven sumamente delgada, de tez pálida y facciones ajadas por el pesar, derramando de rodillas abrasadoras lágrimas, mientras contemplaba un niño como de un mes de edad que dormia en una tosca cuna. El estrépito de la fiesta nupcial traído en alas del manso viento llegaba à oídos de la infeliz cual un insulto lanzado á su tormento. Aquella muger era Inés Perez y el niño su hijo Ricardo, el fruto de su desgraciada pasion. El puro y primer amor que habia encendido Jorge en su pecho no era el volcan que abrasara su corazon: era ya solo una débil llama que alumbraba con su espirante resplandor el sagrario de su pecho donde dormian para siempre sus ilusiones, sus esperanzas y el porvenir dorado que viera en sus amorosos ensueños. Su corazon habia muerto para el mundo! todo, todo habia concluido para la jóven! Solo la deshonra cual un espectro se alzaba ante su vista horrible y mudo. En sus intermi-

nables noches de insomnio le parecia ver las sombras paternales que airadas se lanzaban á ella y le arrojaban su maldicion. Ah! cuantas veces loca por su vehemente tormento, olvidando el amor; maternal y la Religion, habia buscado con convulsa mano un arma homicida que concluyese una vida debilitada por punzantes padeceres. Pobre Inès!

Duerme, duerme, pobre niño; murmuraba Inès — Que esas armonias que desgarran mi corazon y estan acabando de sellar mi desventura, arrullen mansamente tu sueño — Duerme si, mientras tu pobre madre apura hasta el fondo la copa del sufrimiento! Dichoso tu que en este momento conversas con los celestiales serafines lejos de este mundo fementido. Oh! si tu sueño fuese eterno; si despertaras tan solo en esas risueñas regiones donde se eleva tu inocente alma, cuan feliz serias! Que esperas tu de estos hombres que cual á tu infeliz madre te despreciaràn y escarneceràn y te harán culpable de la deshonrosa falta que ne cometido. Ay! en tu infancia seràs feliz á pesar de nuestra miseria porque te protegerá la inocencia; pero cuando llegues á la edad

en que la severa razon ilumine tu entendimiento, cuando conozcas tu desventura, desearás el no haber nacido; tal vez maldecirás á tu madre y huirás lejos de élla— Ah! no; tú no me abandonarás por que yo soy inocente, exclamó Inés apoderándose de su hijo como si una mano invisible lo fuese á separar de su lado; aún albergan en mi pecho el amor á la virtud y las creencias religiosas que depositara en él tu difunta abuela: los hombres son los que me han infamado: mi corazon está aun puro..... tú vivirás al lado de tu madre para que la consules y enjagues sus lágrimas con cariñoso afán; tu serás el amante hijo de esta desgraciada que vive solo para tí, ángel mio, ya hubiera sucumbido bajo el insupportable peso de mi desventura.

El niño despertando tan bruscamente comenzó á llorar.—Inés despues de colmarlo de besos lo arrimó á su seno murmurando: duerme, duerme, ángel mio.

Tambien ella agobiada por el tormento y por las interminables horas de desvelos gastadas en el penoso trabajo que la daba subsistencia, se quedó dormida.

¡El alegre ruido de la fiesta nupcial tam-

bien arrullaba el sueño de la desgraciada!..

Un momento despues los pálidos labios de Inés se entreabrieron para dar salida á una sonrisa infantil.—Su rostro antes tan melancólico tomó una sonrosada tinta de placer. Era que llegaba hasta su desierto corazon un acento dulce, divinal, como el murmurio de la fuente perdida en las selvas perfumadas, como el susurro del aura al jugar con los cálices de las flores; un acento angelical que recordaba haber oido en otros dias mejores, en sus dias de inocencia: y por eso la infeliz se sonreia y y creia hallarse en aquella época de felicidad y ventura que habia perdido para siempre.

—Duerme, duerme, pobre criatura, decia la voz.—Por un momento te abandoné y cuando vuelvo à tu lado te encuentro sola, sola, teniendo por única compañía en el mundo el fruto de tu desgraciado amor! Duerme, duerme mientras yo velo tu sueño y te cobijo con mis alas. No temas las amarguras que te ofrecen los hombres que tanto te han ultrajado, hasta arrojarte de sí, siendo tú quien los debes de despreciar, porque de hoy en adelante seré tu protec-

tor y pondré entre tu pasado y tu porvenir un denso velo, y el tiempo mitigará tu padecer. Guiaré tus débiles pasos por la senda del bien y seré tu escudo y el de ese inocente niño: largas horas de felicidad te esperan todavía en el mundo puesto que tu corazón se halla tan puro como en el día en que saliste del seno de tu madre, que en el Cielo solo llora tu desgracia, pero no te maldice: duerme, duerme tranquilamente mientras vela por tí el ángel de tu guarda..

De repente la voz calló: la alegría desapareció del semblante de Inés que se cubrió de terror y todo su cuerpo temblaba como la hoja en el árbol azotada por el cierzo.... era que un ronco acento como el rugido de la tempestad, precedido de una horrible cajada, también penetraba en su corazón; y sentía que sus hombros se doblaban bajo el peso de una mano de hierro: ahl el demonio del suicidio saliendo de los abismos del averno había llegado hasta Inés y la atormentaba cruelmente.

—Ja, ja, ja; duerme, duerme, decía, al rumor de esa música que sella del todo tu deshonor! Duerme, mientras tu seductor ce-

lebra su union con tu hermosa rival radiante de alegría! Duerme, mientras el bullicio del banquete nupcial celebra tu abandono alejandote para siempre del seno de la sociedad de los hombres honrados, y te abre un camino erizado de abrojos... ¿que esperas en el mundo, desdichada, con tu bastardo hijo?.... la paz del sepulcro es ya tu único asilo..... la muerte extinguirá de tu corazon ese eternal tormento que lentamente te devora; la muerte es la protectora de los infamados por la deshonra.....

Inés exaló un gemido y se incorporó.

—Cierra tus oidos á esas malditas palabras... yo velo por tí y tu vida será feliz: tu hijo encontrará un padre y tu un esposo.... la felicidad solo te ha abandonado por un momento; ahora la volverás á hallar protegida por mí.... acuerdate de la Religion! Dios te prohíbe el suicidio porque tu vida tan solo le pertenece á él.... tú no tienes derecho sobre élla... vive que yo te protejo y cuido de tu hijo.... vive, vive.

—No! la muerte es necesario cuando la afrenta ha arrojado en nuestra frente el sello de su ignominia. Para que has de vivir? para ser el verdugo de tu hijo? oh!

cuando lleno de arapos, miserable y enflaquecido por el cáncer del hambre vaya á pedir una limosna á sus semejantes y encuentre en sus pechos la impiedad y el desprecio en vez de la compasion y la caridad; cuando vea pasar por su lado los jóvenes de su edad huyendo de él como de un cuerpo corrompido y hediondo, y llamandole *bastardo! bastardo!*; cuando contemple á sus hermanos tan bellos y felices y los vea pasar junto á él sin tenderle una mano y sin siquiera mirarle cuando se vea que es un ente despreciado, miserable y envilecido, maldecirás tú y el mil veces la hora en que no admitiste el eterno é inalterable reposo de la tumba.... ja, ja, ja,... es muy halagüeño para un joven verse en el mundo solo y hambriento y no tener ni aun un nombre oscuro que llevar!..

—Oh! ese porvenir es horrible, horrible, si, y mas vale antes la muerte, murmuró la joven levantandose y lanzando en su torno estraviadas miradas, apretandose la frente como si se le fuese á partir, mientras el niño al hallarse oprimido entre los convulsos y crispados brazos de su madre arrojaba ahogados gemidos. Inés dió dos pasos

hacia la puerta de su habitación.

—Desgraciada! detente que vas à hacer! ampárate bajo las alas de tu angel custodio..... vive... tú y tu hijo gozarán de felicidad por que Dios no abandona nunca à los desventurados, y te espera un porvenir placentero.

Inés se detuvo: su pecho estaba alterado como las olas de un mar borrascoso.

Si' te espera quizas un porvenir mas horrible que el que te puedes figurar: Tu hijo al verse deshonrado hambriento y despreciado del mundo se volverà contra el mundo exalando un grito de sangrienta venganza; tal vez empuñará el puñal del asesino y por fin tendrá que espigar sus crímenes en un patíbulo, donde tú le contemplarás entregando su cuello al acha del verdugo, arrastrandote en medio de una muchedumbre insensible à tus gritos de dolor maternal, y quizas su sangre salpicará tu frente al tiempo que la vindicta pública quede satisfecha—Desgraciada! solo la muerte te salvará de ese porvenir tan horrible que te espera! Es tan dulce y deliciosa la paz del sepulcro.—Es tan hermosa la muerte cuando llega benèfica à extinguir el tor-

mento de un corazón lacerado.

—La muerte, sí, la muerte! gritó la desdichada Inés lanzándose á la calle con su tierno hijo, mientras el eco en las montañas triste y fúnebre repelia: la muerte, sí, la muerte!

El demonio del suicidio lanzó una prolongada y hueca carcajada de triunfo.

El ángel de la guarda murmuró: Dios mío! ten piedad de la pobre loca, ven en mi ayuda que aun la puedo salvar del suicidio.

—No! ya es tarde: el Rey del Averno ha triunfado!

—Por un momento no más: el Rey de los Cielos triunfará del ángel rebelde de las tinieblas!

En aquel momento la armonía de la música y los brindis en casa de los desposados sonaron con mas estrépito, como celebrando el triunfo de Satanás y la desgracia de Inés.

Al día siguiente en los cafés y paseos públicos no se hablaba más que de la fiesta nupcial; de Jorge y de Aurora—Algunos que otros jóvenes hablaban con malicia de lo obsequioso y atento que Ernesto estuvo

con Aurora y lo cariñosa que se mostró ésta con aquél, durante la anterior noche.

En las tabernas no se hablaba sino de un *alma en pena* que varios hombres del pueblo habian visto aquella noche vagar por las calles de Zaragoza arrojando tristes gemidos.

VII.

EL CASTIGO.

Han transcurrido dos años despues del enlace de Jorge R... con Aurora Fernandez.

Jorge estaba pensativo en el gabinete de su casa habitacion en la calle del Coso. Recostado en una butaca con la vista fija en el suelo y su vestido en desorden, apretaba en silencio entre sus manos un estrujado papel que de cuando en cuando leia con indignacion y encono. volviendo otra vez a quedar en silencio. Algunas gruesas lágrimas se desprendian de sus rojizos ojos que se extinguian en sus abrasadas mejillas; despues una sonrisa amarga vagaba por sus contraidos labios y su semblante tomaba una horrible espresion de ferocidad. De re-

mente agitó una campanilla cuyo cordón quedó hecho pedazos en sus dedos.—Esto es mejor que un veneno exclamó: así no podran escapar de mis manos, ni desmentirme... miserables! venderme, deshonrarme de esta manera! Zaragoza! tu has contemplado mi afrenta; tambien verás mi venganza!

—Que mandais, señor? preguntó con respeto un criado.

—Ensilla inmediatamente mi caballo... tengo que salir fuera del pueblo pero quiero ir solo: tú te quedarás en casa.

El sirviente se inclinó con humildad y salió murmurando: Alguna desgracia nos amaga.... hace dias lo encuentro de mal humor, triste y pensativo, y en ciertos momentos lo he sorprendido llorando y otros con la vista estraviada lanzando imprecaciones y luego esta marcha tan repentina y solo, solo.... esto dà que pensar....

Jorge quedó pensativo....de nuevo leyó el papel que tenia entre sus manos y levantándose con los ojos inyectados de sangre y la respiracion ardiente y comprometida, exclamó. La muerte para ambos, sí, la muerte! Las asquerosas manchas que em-

pañan la honra de un hombre solo se pueden lavar con la sangre de los culpables! . . . Y yo, necio, que me creía feliz, mientras he sido y soy la burla de toda Zaragoza: y yo que hasta hace seis días apretaba entre las mías las manos del perjuro amigo, y posaba un osculo de ardiente amor en la frente de la miserable adúltera, mientras que ella estampaba mil en este papel de su amante. Oh! vengauza, venganza! necesito la sangre de los dos y la tendré! Insensatos! creerán que efectivamente un asunto urgente me separa de ellos! . . . Oh! y bendecirá mi ausencia, mi ausencia que los dejará solos libar la copa de su maldito amor, mi ausencia que va à ser su sangriento castigo, su muerte! . . .

Interrumpiose de súbito y su semblante alterado por el gozo de una próxima venganza, volvió à tomar su normal espresion y una forzada sonrisa jugueteó en sus antes apretados labios. Había sentido la voz de su amigo Ernesto que llegaba à su gabinete.

—Adonde vas? que viage tan repentino es éste, Jorge? He visto tu caballo ensillado y me ha dicho el mozo que te ausentas.

—Si, Ernesto; un negocio urgente me hace abandonar mi casa con precipitacion y ponerme en viage para Longares: ya sabes que mi padre dejó allí á su fallecimiento ciertos asuntos pendientes, y ahora mismo acabo de recibir una carta en que me dicen que mañana temprano es preciso mi presencia allí.

—Y te estarás mucho?

—No, solo tres ó cuatro dias.

—Y Aurora como sigue? se encuentra mas aliviada?

—Continua bien; gracias: ahora está descansando de esa tenaz jaqueca que tanto la ha molestado hoy. yó ya le he indicado este repentino viage y no quiero molestarla ahora con una despedida; y bajando de brazo con Ernesto llegaron hasta donde le espereraba su criado con el caballo de la bridas.

—Feliz viage y pronto regreso, Jorge; cuidado con el tiempo que amenaza tempestad; date prisa no te coja por esos infernales caminos... adios!

—Gracias. Ernesto; avivaré el paso— adios! hasta dentro de tres ó cuatro dias á

mas tardar, contestó sonriendo—su sonrisa tenia algo de fatídico y sangriento.

—Jorge arrimando las espuelas á los hijares de su brioso caballo, partió á escape desapareciendo en un momento.

Una sonrisa de triunfo y de desprecio vagó por los labios de Ernesto.

—Pobre-Jorge! exclamó.

A poco tiempo la noche fria y amenazadora estendió su negro manto en el espacio; pardas y pesadas nubes cruzaban el opaco firmamento; algunos relámpagos serpenteaban en lontananza, el viento silvaba y heladas y gruesas gotas de agua humedecian las angostas calles de la Capital de Aragon.

Serian las once cuando un hombre envuelto en una larga capa cruzó con precaucion el costado de la casa de Jorge, arrimándose á la esquina y quedando en ella inmóvil como un poste.— Miserables! aqui estoy yá! oh! temblad, temblad, por que se aproxima vuestra última hora—dijo entre dientes sonriendo.—Sus ojos brillaban en la oscuridad como los de la pantera al acechar su presa.

Un instante despues tambien otro embuzado apareció bajo la ventana del dor-

mitorio de Aurora, oyéndose en seguida un agudo y delgado silvido.—La ventana se iluminó interiormente, volviendo otra vez a quedar á oscuras.

—Bien! murmuró el primer embozado; es ya la hora de la cita y estas son las señas.

—¡Ira de Dios! Necios; me creen lejos de aquí—oh caeré sobre ellos sin piedad—Me ha oído—dijo el segundo embozado; espere-
mos un poco, y veremos si pasa algun im-
portuno.—Despues de haberse cerciorado
que nadie espiaha sus movimientos volvió
á sonar de nuevo por dos veces el silvido.

El eco repitió aquellos sonidos que te-
nia algo de siniestro.—La ventana se
iluminó de nuevo, quedando á oscuras otra
vez.

El primer embozado arrojó una carca-
jada gutural.

El segundo embozado en silencio y con
apresurado paso llegó á la puerta principal
de la casa de Jorge por donde penetró cer-
rándola en seguida con precaucion.

El primer embozado tomó la direc-
cion opuesta del segundo, por una puerta
traserá penetró en la casa de Jorge R. á
tambien con mucha precaucion.—Rogad á

Dios por vuestras almas, murmuró.—El dormitorio de Aurora se iluminó debilmente: las sombras de dos personas se vieron á través de las entreabiertas persianas.

Todo quedó en un silencio profundo por algunos instantes. De repente el estruendo de una puerta derribada al suelo con violencia interrumpió la calma, y en pos una voz de muger ahogada por el terror y otra de hombre alterada por la sorpresa, esclamaron desde el dormitorio ¡un embozado! ¿Quien sois? ¿Quien sois?

—Miserables! dijo una voz terrible como el rugido de! Océano azotado por la tempestad, miradme bien, y reconocedme y temblad!

Dos gritos de espanto y de angustia se oyeron en seguida.—Reconocedme, sí!—Ernesto, soy tu amigo Jorge que viene á limpiar con tu sangre la mancha con que has oscurecido su honor!—Aurora, soy tu esposo que viene á lavar el asqueroso horror de su lecho nupcial con la sangre de la adúltera! Soy el amigo y el esposo ultrajado tan infamemente transformado en la espada de la justicia de Dios! Soy en fin la muerte; la muerte fria, inexorable, que se lanza so-

bre los culpables. —Oh! rogado á Dios por vosotros!

—Jorge! perdon! dijo una voz débil, moribunda ¡ten piedad de mí!

—Jorge maldicion, sobre nosotros! dijo una voz brava, gutural. —Maldicion sí, sobre los culpables!

En seguida el dormitorio de Inés quedó á oscuras; se escucharon algunos gritos de angustia y de desesperacion y el ruido de los muebles que derribaban al suelo.... despues todo quedó en un silencio profundo sepulcral. Solo el viento gemia en las entreabiertas persianas del dormitorio de Inés.

Por la puerta trazera de la casa de Jorge R... salieron dos hombres asidos uno de otro como dos fantasmas, y cuyas respiraciones se oian como el estertor del moribundo; desapareciendo con rapidez en direccion al Ebro.

La tempestad contenida hasta entonces estalló con estrépito espantoso: los roncós truenos rodaban casi sobre las casas de Zaragoza: los rayos y relampagos brillaban sin interrupcion y las nubes arrojando torrentes de agua, cruzaban chocandose unas con otras el oscuro espacio.

VIII.

EL MENDIGO.

Eran las oraciones de un día de los primeros meses del año de 1836.

Por la puerta del Carmen penetraba en la población de Zaragoza un hombre envuelto en una capa andrajosa: su vestido destrozado y sus ajadas facciones indicaban al primer golpe de vista á uno de esos seres errantes, sin hogar, sin familia y sin amigos, que vagan en la tierra entre la miseria y las privaciones, implorando la caridad de sus semejantes. Sin embargo á través de la melancolía y palidez de su semblante, podía descubrir el hombre de mirada perspicaz y escudriñadora un cutis blanco y fino, y en su tardo andar algo de altanería. Las personas á quienes de noche demandaba el pan de la caridad, prestaban atención á su dulce voz y correcta dicción y no detaban menos de sospecharse que bajo aquel vestido de mendigo se ocultaba un hombre que debía haber representado uno de los principales ó medianos papeles en el teatro del

mundo. No obstante el hombre por lo regular siempre indiferente á la desgracia y miseria de sus semejantes, al dejar caer en la mano del infeliz una pobre moneda, se apartaba de él sin querer indagar quien habia sido en la sociedad el que detenia sus pasos alargandole la diestra murmurando: *hermano, una limosna por Dios!*

En el interior de aquel hombre miserable debia existir un secreto. Su corazon debia estar lleno de un angustioso afan. Su memoria debia estar atormentada por un recuerdo cruel y desgarrador; porque su mirada era oblicua y lánguida; murmuraba palabras ininteligibles, y al ver dos ó mas personas reunidas ya en una calle, ya en el interior de una casa, cual un reptil se arrastraba por el suelo y en silencio se aproximaba á ellos todo lo mas posible, prestando atento oido á su conversacion. Un momento despues abandonaba su sitio; proseguia su camino vagando por las mas ocultas calles de Zaragoza, siempre solo y pensativo, exclamando con una voz débil y llena de amargura: nada, siempre lo mismo; siempre esas conversaciones indiferentes para mí... y siempre ese silencio respecto á

lo que yo busco!.... nada.... siempre lo mismo!.... ¿que haré, Dios mio!.... Yo pudiera dirigirme á un hijo de esta poblacion y decirle quien soy, decirle mi nombre y preguntarle donde se encuentran, porque apesar de que no los hallo aqui, ellos viven, si, por que sinó ya la vida me hubiera abandonado; pero tal vez estarán lejos, muy lejos de aquí, donde yo no pueda ir á pedirles perdon de mi crimen!.... pero ¿y si esa persona á quien me dirijo me descubre y la justicia se apodera de mi, siempre que crea que yo soy ese miserable? y entonces tal vez nunca podré alcanzar mi perdon. Oh! y me conocerán acaso en el mísero estado en que me encuentro?..... Dios mio! ¿que haré? Oh! tendré que descubrirme, ó de lo contrario me volveré loco, sí loco, porque es imposible que mi razon resista por mas tiempo este tormento, esta azarosa incertidumbre sin estraviarse.... y el mendigo apresuraba su paso con desesperacion apretandose su abrasada frente.

Al mismo tiempo en una taberna tres zaragozanos pertenecientes á la clase artesana se hallaban fumando al rededor de una mesa donde se encontraban dos botellas

de vino á medio vaciar y los restos de una reciente cena.

—Con qué, Rodrigo, te va perfectamente en tu nuevo estado, eres feliz; decia uno de ellos llamado Pedro, jóven como de edad de 18 años de semblante alegre y formas hérculeas.—Yó me lo esperaba así porque Rosa es una buena muchacha, honrada y trabajadora y estoy seguro que te hará dichoso.

—Asi lo espero, contestó el artesano Rodrigo, á quien se habia dirigido Pedro. Dios protejerá mi matrimonio, por que al unirme con Rosa he obrado como un hombre de bien, he cumplido con un deber sagrado; Ya sabes que una amistad verdadera unian á nuestros difuntos padres. Ella quedó huérfana sin amparo; ya entonces nos queriamos, y mi padre al morir me la recomendó: yó le ofrecí ampararla, y tanto por amor como por esta sagrada promesa, he sido su esposo.

—Has cumplido como un hombre de buenos sentimientos, Rodrigo, respondió el tercer artesano, hombre ya como de edad de treinta y cinco á cuarenta años, de noble

fisonomía y modestos ademanes; y algún día Dios te dará la debida recompensa por tan buena obra; tu espíritu puede estar tranquilo, porque serás dichoso solo tienes veinte años y á esa edad el cuerpo es fuerte y el corazón valiente para resistir el trabajo: cuando llegues á los cuarenta años, tiempo en que la edad va arrugando nuestra frente y encaneciendo los cabellos al par que nuestras fuerzas físicas nos van abandonando, tendrás ya hijos que te ayudarán en el trabajo.—Yo creo que los hombres de nuestra clase deben siempre casarse en la flor de su juventud.

—Gracias, Fernando, dijo Rodrigo alargando con franca amistad su diestra que apretó con cariño el artesano que acaba de hablar; me basta haber cumplido con mi deber..... tú que conociste á Rosa en su infancia y trataste á su madre, sabrás apreciar en todo su valor mi enlace.

—Si, es verdad, á ámbas conocí y esta es la razón por que he sido tu padrino de boda. Las conocí felices cuando servían en la casa de la señora D.^a Aurora Fernandez; pobres y desvalidas despues de la horrible catástrofe que hizo desaparecer del mundo

à la D.^a Aurora y perderse en manos de infames y lejanos herederos la riqueza y opulencia de aquella casa; desgracia tal vez causada por sospechas ó calumnias de esos míseros parientes. Lo cierto es que D.^a Aurora falleció y sus ancianos padres no pudiendo soportar su desventura bajaron tambien al sepulcro llenos de infamia. Dios los haya recibido á todos en su santa gracia, y perdone à los que causaron tal desorden y desgracia.

En aquel momento la puerta de la taberna se abrió silenciosamente y la cabeza del mendigo que horas antes hemos visto, se asomó por ella con precaucion.

=Algo he oido hablar de esa desgracia à mis padres, dijo Pedro con curiosidad pero sin embargo nunca he visto nada en claro. Unos dicen que efectivamente la Doña Aurora le era infiel à su esposo; otros que en un acceso de indignacion causado por el celoso genio de su marido, éste la habia maltratado habiendola muerto à disgustos; y otros que el mismo Satanás habia llenado de sospechas el corazon del esposo de Doña Aurora, el que uua noche la encontró con un íntimo amigo suyo que estaba de visita

en su casa, y que lleno de celos envenenó á Doña Aurora y asesinó vilmente á su inocente amigo.

—Lo mismo he oído yó, añadió Rodrigo. Pero lo que si es cierto es que Doña Aurora murió y que su esposo y el amigo desaparecieron, sin saberse todavía donde se hallan y sin saber uno si tambien murieron ó si viven todavía.

—Nadie mejor que tú, Fernando, añadió Pedro debe saber algo de cierto sobre este asunto.

—Si, si, agregó Rodrigo, tú, Fernando debes estar mejor enterado que nosotros de esta desgracia.

—Yo se quizás tanto como Vdes. agregó Fernando. Yo vivia, es verdad, en aquella epoca en un cuarto bajo de la casa de Doña Aurora, y estoy en algunos antecedentes de lo ocurrido. En todo solo he visto la mano de Dios, el castigo de la Providencia.

—Cuéntanos lo que sepas; dinos algo que nos aclare la verdad, los motivos de ese escándalo, dijeron con afan los dos jóvenes artesanos.

—Decid mas bien, de esa desgracia! dijo

Fernando con solemne acento.

En aquel momento el incendio que había prestado atención desde la puerta de la taberna á la conversacion de los tres artesanos, entró lentamente y en silencio, y sin ser visto de nadie se aproximó casi á una vara de distancia de Fernando. Un convulso temblor estremecía su cuerpo y sus ojos tenían un resplandor particular.

Fernando prosiguió:

—De esto hay cosa de diez y ocho años. Una noche de invierno en que la tempestad rujía con fiereza, me hallaba yo velando á la cabecera del lecho de mi difunta madre, que Dios haya recibido en su gracia, añadió el artesano inclinando su frente y descubriéndose con respecto, cuando senti varias voces y un ruido particular que me alarmó. Entonces, como he dicho, vivia en un cuarto bajo de la casa de Doña Aurora, en la calle del Coso. Presté atención y comprendí que el movimiento que me habia alarmado era en los cuartos altos de la casa que habitaba. Salí á la calle á pesar del mal tiempo y ví que toda la casa se hallaba á oscuras y la puerta principal cerrada. Sin embargo el ruido y las voces seguian. Pasé

al costado opuesto del edificio y me encontré que la puerta trasera se hallaba entreabierta: dudé por un momento si entrar ó permanecer en la calle, cuando percibí una voz mugeril casi imperceptible que gritaba: socorro! socorro! Inmediatamente penetré en el edificio, subí á los cuartos principales y encontré á los criados que confusos y atóndrados corrian por los corredores: La señora, me decian, la señora! Pasé pues al cuarto de Doña Aurora donde la encontré pálida, las facciones desencajadas, el cabello en desórden y el vestido desgarrado: la madre de Rosa se hallaba allí tambien muda y aterrada. Su señora solo esclamaba revolcándose en el suelo, torciendose los brazos y en un horrible delirio—Sálvenlos, se van á batir! van á morir por mi causa; yo sola soy la culpable!...Unas veces reia, y otras lloraba..... Por fin quedó como muerta, sin respiracion, y yerta.... La levantamos del suelo y la colocamos en su lecho. El médico llegó en aquel momento, y yo viendo que ya allí era innecesario, volví al lado de mi pobre madre. Al dia siguiente toda Zaragoza se ocupaba de lo acaecido en aquella noche: se hacian mil

comentarios, y la generalidad decía que Jorge R.... fingiendo un viage, habia sorprendido á su esposa con su amigo Ernesto. Que habian salido á batirse, pero que no se sabia resultado ninguno del desafio porque ninguno de los combatientes habia regresado. Dos dias despues D.^a Aurora sucumbió, ahogando en su pecho la verdad y el motivo de su desgracia; nada mas sé ni nadie tampoco sabe el paradero de Jorge y de Ernesto.

—Pero en nada de lo que has dicho, Fernando, repuso Pedro, he visto la mano de Dios, como tú dijiste.

—Es verdad, se me olvidaba, continuó Fernando. Digo que en esta terrible aventura obró solo la Providencia porque parece que Jorge, antes de casarse con Doña Aurora, tuvo relaciones con la hija de la honrada artesana Catalina Perez.

El mendigo al oir este nombre se estremeció y pasó la descarnada mano por su frente como queriendo ahuyentar un recuerdo terrible.

—Es verdad: hemos oido hablar vagamente de élla y de su hija Inés--dijo Pedro.--Pues bien; cuando Catalina murió

Jorge se apoderó de Inés con quien había jurado á su madre casarse, y en vez de hacerla feliz y cumplir su palabra, la deshonoró vilmente y la abandonó en seguida en la miseria con el fruto de su torpe amor, para unirse con la Doña Aurora.

—Miserable! exclamó Rodrigo con indignacion.

—Los padres de Doña Aurora sabian la desgracia de Inés que miraron con indiferencia, y en vez de arrojar de su casa al infame seductor, le tendieron la mano y le entregaron su hija.

—Bien, dijo Pedro, como interrogando á Fernando.

—Pues bien, prosiguió éste; por eso digo que en la desgracia que envolvió á Jorge, Doña Aurora y su familia, veo la mano de Dios, el castigo de la Providencia... Deshonra por deshonra, desgracia por desgracia.... cuan cierto es aquel antiguo adagio de que el que á hierro mata á hierro muere.

—Fernando se disponia á marcharse...

—Pero ya que se ignora que es de Jorge y de su vil amigo, no se sabe que es de la pobre Inés y de su hijo?

El mendigo contuvo el aliento y con la vista parecía que quería devorar á Fernando. ---Este añadió.

—Oh! lo que es de éstos hay noticias ciertas, verdaderas. En la actualidad se hallan viviendo en Lisboa. Parece que un portugués se condolió de ellos y los ha protegido, dicen que son felices.

El mendigo se oprimió el pecho con las manos temiendo que su corazón saltase de su centro y con lágrimas de alegría murmuró por lo bajo—Oh! viven y están en Portugal..... Gracias, Dios mío!

Los tres artesanos abandonaron en seguida la taberna.

El mendigo jadeante y temblando de alegría se aproximó al tabernero que se hallaba dormido y le despertó.

—Que quereis? dijo de mal humor.— Dadme el valor de estas monedas en pan, queso y vino; daos prisa; y arrojó en el mostrador unas cuantas monedas de plata y de cobre.

—Larga provision haceis, dijo el tabernero—pero qué... estais llorando?

—Dios mío! decia el mendigo, con los

ojos arrasados de lágrimas y sonriendo a la vez; dadme fuerzas, no me abandoneis, que pueda llegar al término de mi viage.

—Tomad, dijo el tabernero poniendo en el mostrador una bota con vino, algunas libras de pan biscochado y un quezo.

—El mendigo recogió las provisiones exclamando, ánimo, valor.

—¿Vais muy lejos? le preguntó el tabernero.

—Sí, llevo un viage largo, voy á Portugal, á Lisboa--le replicó dejando la t berna, quedad con Dios!

—E! os guie, dijo el tabernero con lastima, y asomándose á la puerta lo vió desaparecer con paso apresurado. Desgraciado, añadió, ir á Portugal... Sin duda está loco!

IX.

JUSTICIA DE DIOS.

En las inmediaciones de la Capital de Portugal se hallaba todavía una hermosa quinta que perteneció en un tiempo á un anciano portugues llamado Luis Oliveira,

El que reconocido á las atenciones, cariñoso desvelo y honradez de un jóven español que en un viage que hizo por España le salvó de una muerte cierta y segura, se la cedió gratuitamente con algunos terrenos contiguos momentos antes de espirar. La historia de aquel jóven y su Madre impresionaron el sensible corazon de Oliveira que trató de reparar en cuanto pudiera la desgracia de su jóven libertador y su Madre. Llevolos consigo á Lisboa, donde cada dia el buen anciano recibia pruebas de cariño y gratitud de sus honrados protegidos. Ellos en la enfermedad que arrebató al sepulcro á su bienhechos velaron sin cesar á su cabecera y le cuidaron y aliviaron en sus dolencias, hasta que Dios se sirvió llamarlo á su la lo.

Era una noche de invierno de 1836. La tempestad rugia, el viento silvaba, el Duero aumentado por los torrentes que descendian de las montañas, corria con solemne y tumultuoso estruendo, y el mar se agitaba con furor azotando las playas de Lisboa. Largas sábanas de nieve se veian estendidas por todas partes al fulgor de los relámpagos y el granizo caia con tético

bullicio.

En la sala de la quinta que acabamos de indicar se hallaban dos personas: éstas eran el jóven dueño de la quinta y su Madre. Ambos auyentaban el penetrante frio sentados juntos á una encendida chimenea. El jóven podria contar como 19 ó 20 años; rasgados ojos azules, cabellera rubia y tez pálida. Su Madre podria tener 40 años de edad, sus blancos cabellos, cierta tristeza en su pálido rostro y lánguida espresion de sus ojos denotaban el ser que abergando en su seno la virtud, la religion y la resignacion, habia sufrido con alma fuerte y frente erigida las amarguras terrenales y el rigor de un destino cruel. Ambos con los productos de sus terrenos vivian sin escases ni cuidados y eran dichosos. El jóven amaba y veneraba á su Madre y la anciana consagraba todo su amor y desvelos á la felidad de su hijo. El tranquilo reposo y bienestar de esta corta familia lo hacia mas dulce una jóven portuguesa, sensilla y hermosa virgen que adoraba entablemente al jóven y con quien éste se debia unir. Ambas personas estaban en silencio: la anciana volviendo los ojos á se pasado traia á su me-

moría mil recuerdos tristes que hacían humedecer sus ojos: el jóven pensaba en su novia y en la felicidad amorosa que le esperaba: así permanecieron largo tiempo.

—Horrible está la noche! dijo por fin el jóven levantandose de pronto como si alguna idea triste lo despertase de su amoroso extasis; ni siquiera brilla un astro y el cielo está cubierto por densa oscuridad.

—Dios se apiada de los desgraciados que la tempestad ha sorprendido en los caminos y en los mares, replicó la anciana; Oh! estas horas deben ser terribles para los infelices que cruzando el Océano perecen tal vez en este instante entre sus encrespadas olas! Dios tenga piedad de ellos y de nosotros!

—Dios tenga piedad de ellos y de nosotros! replicó el jóven con fervoroso acento.

—Pobres seres! continuó la anciana! cuántas lágrimas estarán derramando los corazones que ausentes tienen prendas queridas que tal vez en este momento les dirigen su postrer adios! cuántos padres perderán sus hijos! cuántas esposas sus esposos y cuántos jóvenes un padre cariñoso quedando en la horfandad y tal vez en la mi-

moria mil recuerdos tristes que hacian humedecer sus ojos: el jóven pensaba en su novia y en la felicidad amorosa que le esperaba: asi permanecieron largo tiempo.

—Horrible está la noche! dijo por fin el jóven levantandose de pronio como si alguna idea triste lo despertase de su amoroso extasis; ni siquiera brilla un astro y el cielo está cubierto por densa oscuridad.

—Dios se apiada de los desgraciados que la tempestad ha sorprendido en los caminos y en los mares, replicó la anciana; Oh! estas horas deben ser terribles para los infelices que cruzando el Oceano perecen tal vez en este instante entre sus encrespadas olas! Dios tenga piedad de ellos y de nosotros!

—Dios tenga piedad de ellos y de nosotros! replicó el jóven con fervoroso acento.

—Pobres seres! continuó la anciana! cuantas lágrimas estarán derramando los corazones que ausentes tienen prendas queridas que tal vez en este momento les dirijen su postrer adios! cuantos padres perderán sus hijos! cuantas esposas sus esposos y cuantos jóvenes un padre cariñoso, quedando en la horfandad y tal vez en la mi-

sería!

—Teneis razon, Madre mia! pero esos huérfanos en su desgraciada pueden llevar el nombre de su padre, mientras que yó... el jóven viendo que estaba hiriendo el corazón de su madre se calló enjugandose una lágrima.

La anciana tambien quedó pensativa, volviendo á reinar un momento de silencio. El viento trajo á sus oidos un lamento humano.

—Has escuchado? dijo la anciana.

—Me parece haber oido un gemido, contestó el jóven, y cogiendo un farol encendido lo aproximó á una ventana.

—Haces bien, hijo mio, no sea que algun infeliz perdido en estos campos busque un albergue para ponerse al abrigo de la tempestad. Que el Señor guie sus pasos á nuestra casa!

No bien hubo concluido la ancianna cuando la pueria de la quinta resonò tétricamente.

—¿Quien llama? preguntó el jóven.

Una débil voz contestó:

—Por piedad, socorred á un desgraciado... dad hospitalidad por esta noche á un

infeliz.... hacedlo por Dios y por su santa Madre....

—No en vano llama á esta casa quien pide hospitalidad en el nombre de Dios, dijo la anciana, mientras su hijo abriendo la puerta contempló á un mendigo tendido en el suelo.

—Levantaos y entrad, dijo el jóven.

—Por compasion. murmuró el mendigo, tengo las plantas destrozadas y yertas por el frio.... dadme vuestra mano.

El suplicante apoyado en el jóven penetró en la quinta. Era un hombre como de 45 años cuyo semblante pálido y enflaquecido demostraba el hambre y la miseria: sus miembros estaban yertos por el frio; su pié casi desnudo y destrozado manaba sangre; su rasgado y mísero vestido estaba húmedo y lleno de lodo y delgadas guedejas blancas destilando gotas de agua caian en desorden sobre su arrugada frente.

—Dios mio! murmuraba, no me deis la muerte antes de llegar al fin de mi penoso viage: permíteme lo que tanto te he suplicado; que los pueda hallar siquiera.

—Calmaos, buen hombre, le decia el jó-

ven, tened confianza en Dios!

—Oh! demasiado confio en él!

—Sentaos junto á la chimenea para que os calenteis, mientras voy por un poco de vino que os reanime, dijo la anciana con dulzura.

Al oír aquella voz el mendigo se estremeció y sus ojos brillaron con un rayo de alegría y admiracion. Levantose trémulo y separando de la frente los desordenados cabellos dijo con ahogado acento: Sra.! habladme otra vez, acercaos, no os vayais. No, esto no es un sueño: yo estoy despierto, despierto, sí y el infeliz estregaba sus ojos y se palpaba como dudando de sí.

El jóven y su madre miraban al anciano con asombro ¡Dios mio, estará loco! dijo la anciana.

No! no! yo no estoy loco! yo estoy con toda mi razon..... Señor! Señor! no me abandones..... no me mates tan pronto; tenme piedad! dijo el mendigo como hablando consigo mismo y cayendo de rodillas.

—Para que quereis á mi Madre? dijo el jóven alzandolo del suelo.

—Para que me necesitais, dijo la anciana

aproximándose al suplicante con inquietud.

—Habla Jme! habládme siempre! dijo éste, clavando en élla la vista: la contempló largo rato mudo, inmóvil, cual si estuviera enclavado en el pavimento y con sus manos se apretaba la sienes. No! no! esto no es un sueño..... yó estoy despierto, despierto!.....

—Que teneis, que os sucede, dijo el jóven aterrado; calmaos, calmaos.

—Ah! dejádme que reuna mis recuerdos; dejad que retroceda á la noche de mi pasado: dejad que mi corazon oprimido por tanto tiempo se ensanche y salte del pecho..... no creais que estoy loco.... que estoy delirando.... oh! si lo estoy es de alegría, sí, porque la alegría también enloquece, tambien mata. Despues dando dos trémulos pasos hacia la anciana prosiguió: de donde sois señora, cual es vuestro nombre.....

¿Para que quereis.....

El mendigo interrumpiendo al jóven replicó.

—Vuestro nombre por piedad--ah! no veis que me estais matando? respondedme, señora, nacisteis en Zaragoza?

—Sí! replicó la anciana, pero esa voz, esas facciones, Dios mío!

—Sois hija de una artesana.....

—Sí! sí! dijo la madre del joven sintiendo que su corazón padecía demasiado.

—Vuestro nombre, señora; como os llamas?

—Inés Perez de Vargas.

—Dios mío! cuán justo y compasivo sois! me cencedeis al fin lo que hace tanto tiempo, de día y de noche, á todas horas os he pedido, gritó el mendigo cayendo de rodillas y elevando sus manos—gracias, gracias—después dirigiéndose á la anciana continuó—Inés, Inés, quien es este joven?

—Es mi hijo Ricardo, contestó Inés trémula y jadeante sin levantar la vista del mendigo.

—Tu hijo, es Ricardo, y faltándole las fuerzas cayó desplomado murmurando—Inés! Ricardo! no maldigais al desgraciado Jorge.

—Jorge! Jorge! exclamó Inés lanzándose á su seductor; pero su corazón cesó de agitarse en su pecho y tuvo que apoyarse en Ricardo.

—Madre mía! madre mía! quien es

hombre, quien es ese hombre?

—Ricardo! no lo maldigais que harto nos ha vengado Dios; ese hombre, ese mendigo..... es Jorge R..... es tu padre, hijo mió; y desprendiendose de los brazos de Ricardo, Inés cayó al suelo tambien desmayada.

--Mi padre, mi padre! gritó Jorge descubriendose y cayendo de rodillas entre los inanimados cuerpos de Jorge y de Inés: ¡Justicia de Dios! El hombre orgulloso y soberbio en su opulencia que arrojó de sí á la muger que habia desonrado y á su hijo, ha verido miserable y hambriento á pedir hospitalidad á aquellos á quienes arrojó en la infamia.--¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!.....

X.

LA REPARACION.

Al dia siguiente Jorge moribundo y tendido en el lecho del dolor, tenia á su cabecera á Inés y á Ricardo. El doctor que acababa de separarse del lado del paciente

había indicado la impotencia de sus ciencias para salvar á Jorge y hacer latir con vigor un corazón debilitado por los sufrimientos y desgarrado por el cancer del remordimiento: á esto se unia una pulmonia que hacia tres días se había apoderado del desventurado Jorge y la que se había desarrollado con síntomas mortales. Jorge á pesar de la calentura que le devoraba, pudo gozar de un momento de calma que aprovechaba en dirijirse y hablar á Inés y á Jorge.

—Hace muchos años decia, que llevo la muerte en el corazón: el deseo de poder reparar aun que tarde la falta que cometian solo animaba la opaca lumbre de mi existencia..... en mis largas horas de desesperacion, de amargura y de arrepentimiento, una plegaria elevaba con fervor á la Omnipotencia..... solo pedia á Dios el poder encontraros. Por fin escuchó mi súplica y he venido pobre y miserable á pedir un albergue á aquellos á quienes yo se lo negué con la honra que les había arrebatado. despues de diez y siete años de sufrimientos..... La justicia de Dios se halla satisfecha.....sus decretos son impenetrables..

Eterna gloria al justo Dios que protege y vela á los inocentes y castiga y arroja de sí á los criminales!

Inés enjugó la frente de Jorge que se hallaba cubierta de un helado sudor. Ricardo solo pudo dirigir á su padre algunas consoladoras palabras.

Jorge continuó.

—Os abandoné y os arrojé de mí por enlazarme con otra muger!... esta muger solo contaba diez y ocho años y sin embargo su jóven corazón se hallaba ya emponzoñado por esas malditas y bastardas pasiones que solo se agitan en las altas sociedades..... A los dos años de haberme enlazado sospeché que mi esposa me era infiel..... la espíe y conocí su delito..... me convencí de su adulterio. Un amigo de mi infancia á quien queria como un hermano, el infame Ernesto era quien manchaba mi tálamo nupcial... Una noche los sorprendí!.. arrastré á Ernesto fuera de Zaragoza y nos batimos, teniendo por testigo á Dios..... La noche estaba horrible y tempestuosa.... El fulgor de los relámpagos y de las centellas alumbraba aquella sangrienta lucha en la cual debia de morir uno de los dos.... La

ira, el últrage, la desesperacion impulsaban mi brazo de hierro..... el combate fué largo hasta que por fin un moribundo ¡ay! lo terminó.... Un momento despues el Ebro arrastraba en sus revueltas aguas el cadáver de Ernesto..... Entonces regresé á mi casa severo é inexorable como el genio de la venganza... mi serenidad á pesar de la tempestad que se agitaba en mi pecho, mis vestidos salpicados de sangre y una profunda herida en el brazo derecho, revelaron á Aurora lo que habia acabado de pasar.... A los tres dias despues. la adúltera habia fallecido.... mi venganza habia quedado satisfecha... Jorge prosiguió despues de un largo rato de silencio. En seguida abandoné á Zaragoza y determiné viajar. Crucé la España.... pasé á Francia, llegué hasta Paris lleno de hastío y desesperacion traidores recuerdos emponzoñaban mi existencia.... El crimen que habia cometido con la artesana Inés, se alzaba como un horrible fantasma ante mi vista; las sombras de Ernesto y de Aurora me seguian por doquiera y escuchaba sin cesar sus amorosas palabras y sus ardientes ósculos.—Tambien me perseguia la sombra

de Catalina lanzándome su maldición!...
Concurria á toda clase de diversiones y nada podia auyentar mis remordimientos...
Mi fortuna se disipó en el juego y ya pobre y miseble, despreciado de aquellos que se llamaban mis amigos desde que vieron mi escasez. pasé noches en que busqué un arma homicida que estinguiese mi aborrecida existencia. Sin embargo, no quise morir antes de reparar el crimen que cometiera en mi loca juventud. De Francia salí mendigando y llegué á Zaragoza ocultándome como un bandido. En vano os busqué... nadie me sabia dar noticias del paradero de Inés... solo me dijeron que una noche, la noche de mi maldito enlace, la habian encontrado con un niño desmayada y casi cubierta de nieve en las inmediaciones del Ebro, pero que socorrida á tiempo la habian podido salvar... entonces creí lo que no me habia podido figurar, que la artesana Inés habia tratado de suicidarse...

Inés no contestó: sus sollozos y los de Ricardo le confirmaron su atentado.

—Una noche, prosiguió Jorge, desesperado y medio loco penetré silencioso en una taberna en busca de alimento, y el que

hablaban de Inés; puse atención y desconocido del todo me aproximé á unos hombres; estos decían que vosotros protegidos por un anciano portugues habiais pasado en compañía de él á Lisboa. Entonces sentí que mi corazón se reanimaba, que las fuerzas volvian á mis desfallecidos miembros, é inmediatamente poniendome bajo el amparo de Dios, emprendí mi marcha á Portugal. Oh! mucho he sufrido en esta última é interminable jornada! La esperanza como un fanal alumbraba las densas tinieblas de mis dias, y sin embargo, cansado de padecer, muerto de hambre y de frio llegué en las altas horas de la noche, solo y lleno de remordimiento, perdido en los caminos, á dudar de Dios y á pedir la muerte con desesperado acento..... Dios se compadeció de mis sufrimientos hasta que por fin aislado de los hombres, envuelto en los horrores del temporal é impulsado por la mano de la Providencia, llegué á vuestra casa desfallecido y espirante á pedir hospitalidad..... lo demas ya vosotros lo sabeis.... Ay! Inés, Ricardo! grande tué mi crimen pero grande tambien ha sido mi

espiación... ¿Quereis que os devuelva el honor que os arrebaté? ¿quereis llevar el apellido de este desgraciado? acojed mi súplica y moriré en paz... el ruego de un moribundo tiene algo de sagrado y solemne...

En aquel mismo día un sacerdote unió la mano de Jorge con la de Inés, echando sobre ellos su bendición nupcial.—Jorge ante el mismo sacerdote y testigos reconoció á Ricardo por hijo suyo.

XI.

CONCLUSION.

Un año despues todos los Domingos llegaban á Lisboa dos jóvenes vestidos de negro: despues de oír misa penetraban en el cementerio, y postrados de rodillas sobre una humilde tumba, rogaban á Dios por los que gozaban allí del descanso eterno. En aquella tumba yacian Jorge é Inés, y los dos jóvenes eran Ricardo R. y Perez y su virtuosa y bella esposa.

Ricardo y su esposa viven todavia en

Portugal, aumentando su felicidad conyugal el cariño de un niño y una niña llamados Jorge é Inés, frutos de su matrimonio.

Lector! si tienes hijos no dejes de recordar y decirles que existió un Jorge R. y una Catalina Perez, víctimas de una insensata pasion; y de que tambien existe un Dios justo y vengador que protege la inocencia y persigue el crimen.



Portugal, sustentando su felicidad con-
gal el cariño de un niño y una niña llama-
dos Jorge e Inés, frutos de su matrimonio.
Lector! si tienes hijos no dejes de recor-
dar y decirles que existió un Jorge R. y
una Catalina Perez, victimas de una insen-
sata pasión; y de que tambien existe un
Dios justo y vengador que protege la in-
ocencia y persigue el crimen.

